

Las sospechas de Maddi

por Anjel Lertxundi

Maddi no salía de su asombro: su abuelo acababa de salir de casa con unas pequeñas bragas en la mano.

Pensó: «Mamá tiene razón. Cuando se jubilan todos se vuelven majaras. Abuelo está también como una regadera. Ayer, sin ir más lejos, una paloma se posó en la repisa de su ventana y le oí preguntar: ¿traes algún mensaje? La paloma, claro, se asustó y emprendió el vuelo. Se lo conté a mamá. Son manías tuyas, me dijo. Y ahora, las bragas. ¿Para qué las querrá? Se me quedaron pequeñas y ya no las uso. No es, por tanto, ésa la cuestión. Pero he de averiguar qué es lo que pretende».

Decidida, salió también de casa. Sabía dónde encontrarle. Abuelo, tras jubilarse, había limpiado la parte posterior de la casa de zarzas, ortigas, botes oxidados y tejas rotas. Luego procedió a plantar puerros, zanahorias, guisantes... Estaba orgulloso de su pequeña huerta. Pasaba horas y horas en ella.

—¿Abuelo, es hora de comer!
—le llamaba desde la ventana su nuera.

Abuelo se restregaba la manos en sus pantalones de mahón y respondía:

—¿Subo un par de lechugas?

—Claro, claro... ¡Y un poco de perejil, que hoy tenemos pescado en salsa!

Pero por mucho que trabajara en la huerta, le seguían sobrando horas durante el día, por lo que decidió poner un gallinero. Pidió los correspondientes permisos en el Ayuntamiento, rodeó parte del terreno con una cerca de alambre, construyó una pequeña chabola con jaulas para los conejos, colocó dos perchas de pared a pared para que las gallinas descansaran en ellas y habilitó un palomar en la parte superior del gallinero.

—Abuelo, es hora ya de cenar. Traiga media docena de huevos.

—De acuerdo. Subiré también pimientos verdes. A Maddi le encantan...

Maddi rodeó la casa, y una vez en la huerta, se asomó a la pequeña puerta del gallinero. Abuelo estaba sentado en una pequeña banqueta y, sobre sus rodillas, una gallina luchaba y se revolvió.

Abuelo trataba de tranquilizarla:

—Estáte quieta, enseguida termino.

Le vistió las bragas y, al ver que le quedaban grandes, rodeó el tallo de la gallina con una cuerda a modo de cinturón.

—Así está mejor. Estás guapísima, Genoveva...

Maddi se retiró antes de que abuelo la descubriera. Subió a casa. No sabía qué hacer.

Pensaba: «Si se lo cuento a mamá, es capaz de llevarlo al médico. Y el médico dirá que abuelo está loco. ¿Dónde se ha visto un señor que ponga bragas a una gallina?».

Se tumbó en la cama, la cabeza reposada sobre sus dos manos cruzadas, y la mirada fija en el techo: «No cabe ninguna explicación. Ya sé que hay quien viste a perros y gatos para que no pasen frío, pero a una gallina... Además, estamos en verano. Definitivamente, abuelo está como un cencerro. Se lo contaré a mamá, debe de saberlo. Si no se lo digo, abuelo irá a peor y la próxima vez será capaz de limpiar los dientes a los conejos. O de abrir un restaurante para caracoles. Está visto que cuando se jubilan, chocean y se les aflojan todos los tornillos».

Pero no se decidía. Si se lo decía a mamá, encerrarían a abuelo y sus amigas se enterarían.

—Maddi, ¿es cierto que tu abuelo vestía bragas a las gallinas?

—Maddi, cuando sea mayor, abrirá una tienda con lencería fina para gallinas...

Maddi recordó una adivinanza aprendida en la escuela:

—Adivina, adivinaja,
¿quién puso el huevo en la paja?

Se acordó de Danel y se echó a temblar. Danel era de los que sabía sacar punta a todo. Cambiaría la adivinanza y toda la clase recitaría a voz en grito:

—Adivina, adivinaja,
¿quién puso el huevo en la braga?

Acto seguido Ander, burlón y dispuesto siempre a sacar de qui-



cio a Maddi, comenzaría a palmear al tiempo que recitaría:

—¿Si las gallinas visten bragas, qué prenda rependa vestirán los gallos?

Y todos a una responderían:

—¡Calzoncillos!

No estaba dispuesta a soportarlo. Se echó a llorar. Sabía que cuando se llora se hinchan las mejillas. «Nacen dos sapos a ambos lados de la cara» le decía su madre, pero Maddi quería llorar. Aunque le nacieran dos sapos.

«Total —pensó—, no se reirán en clase más de lo que se rían con la historia de la gallina...»

Llora que te llora, se durmió. Y comenzó a soñar. Maddi era dependiente en una tienda de lencería a la que sólo acudían gallinas, conejos y palomas. «¿Qué desea?», preguntaba Maddi, y una paloma respondía con afectación, mientras con sus dedos probaba la calidad de un camión de moaré:

—¿Está segura de que no encoje?

Acto seguido se presentó una cigüeña con un bebé que, embozado en el hato que colgaba de su pico, berreaba a todo pulmón:

—¿Tiene gasas que no irriten la piel?

Se le presentaron pavos reales a reponer plumas deterioradas, ardiillas en busca de frac, cisnes que querían realzar su blanco plumaje

con pajaritas negras... Hasta se aventuró el patito feo, tímido y aturullado, a traspasar la puerta de cristales biselados:

—¿Tiene... tiene usted leotardos? No, ésos no. Que no sean transparentes. Sabe... es que tengo tanto vello...

—¡Maddi!

Se despertó sobresaltada. La habitación estaba en penumbras. Estiró las piernas. La rabia anterior al sueño no sólo persistía, sino que se había incrementado: sería el hazmerreír de todos, estaba segura.

—¡Maddi! Baja a la huerta y di al abuelo que suba huevos. Quiero preparar una tortilla y no tengo con qué.

Pensó: «Ésta es la mía. Si abuelo quiere volverse loco, está en su perfecto derecho. Pero que se marche. Que nos deje en paz. Se lo diré así, a las claras: abuelo, no estás bien de la chaveta. Por el bien de todos, márchate».

Bajó las escaleras. Salió a la calle y recapacitó: «Bueno, le dejaré que se explique. Todo el mundo tiene derecho a explicarse. Le diré: estás loco, abuelo. ¿A qué viene eso de vestir con bragas a las gallinas? A ver, explícate...».

Dio la vuelta a la casa, y se dio de bruces con el abuelo que volvía de la huerta.

—¿Dónde te habías metido, Maddi? No sabes cómo te hubieras divertido...

Maddi no respondió. Maddi pensaba: «No te fastidia... Lo que yo digo, está majara perdido si espera que me divierta. Que le zurzan. En cuanto se descuide, se lo suelto. Estoy harta, abuelo, así se lo diré. Estoy hasta el moño de tus extravagancias».

—Una de las gallinas había empezado a picar y comer los huevos que ponía. Ya sabes, Genoveva. Es tan presuntuosa como astuta. ¿Para qué romperse el espinazo buscando gusanos cuando sabe que no hay en el mundo cosa más rica que los huevos que ella misma pone?

«Dios, qué cuelgue...»

—Y no me importa tanto por ella. Pero, ¿sabes?, si el resto de las gallinas se diera cuenta, ¡adiós huevos! Enseguida aprenden.

—Abuelo, siempre me pregunta que quiero ser de mayor...

—¿Y bien?

—Lo tengo decidido: pondré una tienda de lencería.